

rra prometida y perdida—, estará dedicada esta publicación (...). Reconstruir, pues, la cristiandad, pero la conocida que es la nuestra, la occidental y, más propiamente, la hispana, ubicada en los lindes de un territorio antes floreciente y que hoy yace inerme para el espíritu, insensible ante la verdad, cerrado a lo suprahistórico (...). Vínculo de unión, la publicación aspira a reflejar el pensamiento, las posturas, los proyectos, las iniciativas, las posibilidades de los grupos y personas que se contemplan como miembros de una Patria Grande que, recogida sobre sí —con añoranzas pero sin angustias, con premuras pero sin complejos, con síntesis pero sin confusiones— sienta la legitimidad y la necesidad de ser. Sin anular las Naciones que la integran, esa Patria mayor las contendrá y exaltará, dándoles en un pluralismo enriquecedor la substancia de la que están siendo vaciadas desde hace por lo menos doscientos años, esencia que es la hispanidad que está detrás y en su interior en una función tan histórica como ontológica».

Era abundante de pluma y de palabra. Hasta sus cartas tenían una extensión desmesurada, y en cada línea, como en cada palabra, se podía notar el temblor de la emoción y de la pasión. A este propósito recuerdo que me hizo llegar, y conservo en mi archivo, un cierto número de cartas dirigidas a personalidades del mundo católico tradicional e hispánico, con la intención de sumarlas a sus proyectos, siempre incluyentes y nunca excluyentes. Esa fue toda su vida, centrada en el periodismo, actividad en la que se inició en los años cincuenta en *Dinámica social*, le llevó a ser director de la *Verbo* argentina y prosiguió hasta el final en *La Nueva Provincia* o *Cabildo*. Hombre bueno, lo decía hasta con su rostro y su porte. De tejas abajo, lo echaremos de menos. Nos queda el consuelo de su insistencia ante el Altísimo por todos nosotros y por su amada Hispanidad. Descanse en paz.

ÁLVARO PACHECO SERÉ

El día de la Fiesta de Epifanía de 2006, el Presidente Juan María Bordaberry, amigo de quien escribe esta nota, y que sufre injustísima persecución, comunicaba a la agencia de noticias carlista FARO la triste del fallecimiento en la ciudad de San Felipe y San Juan de Montevideo, ciudad en la que había nacido en 1935, del doctor Álvaro Pacheco Seré, colaborador destacado suyo durante la época de su presidencia del Uruguay.

Jurista de vocación, cursó sus estudios de derecho, doctorándose en 1961 y profesando luego Derecho público, entre 1962 y 1968, en el *alma mater* de la capital de la Banda Oriental. Con posterioridad continuaría ejerciendo la docencia jurídica en institutos militares uruguayos. Autor de importantes

publicaciones en libros y revistas especializadas, entre sus libros destacan *La nueva Constitución* (Montevideo, 1971), en colaboración con el doctor Julio María Sanguinetti, y *La identidad nacional y el poder político* (Montevideo 1987), que marcan su evolución doctrinal. Fue igualmente Asesor Letrado en la Administración Pública desde 1963 hasta 1972, año en que fue designado Prosecretario de la Presidencia de la República, ocupando a partir de 1973 la Secretaría de la Presidencia, cargo que ejerció hasta 1976. Tiempo en el cual, además de las funciones propias de su cargo, fue valioso consejero del entonces Presidente Juan María Bordaberry, a quien acompañó lealmente cuando debió abandonar anticipadamente el cargo al ser desplazado del mismo por el liberalismo masónico tanto histórica como actualmente dominante en el Uruguay.

Esas experiencias le llevaron a profundizar luego en la antinomia cristianismo-liberalismo lo que, unido a la fuerte atracción que en él ejercía lo hispánico, le condujo al estudio del Carlismo y a la divulgación de su condición de auténtico depositario de los valores de la Hispanidad. En tal sentido fue Miembro Correspondiente en Uruguay de la Hermandad Tradicionalista Carlos VII, con sede en Buenos Aires, y consejero de redacción de la revista *Custodia de la Tradición Hispánica* de la Sociedad de Estudios Tradicionalistas Don Juan Vázquez de Mella, órgano editor de la Hermandad. En dicha revista publicó numerosos artículos, así como en *Maritornes. Cuadernos de la Hispanidad*. Esta actividad, que vivió apasionadamente, lo llevó al encuentro con quienes, como él, anteponían la unidad hispánica a las repúblicas creadas por la masonería atea y el mercantilismo sajón para destruir al Imperio Español.

No fueron demasiadas las veces en que coincidimos personalmente, pero el recuerdo que guardo de su caballerosidad tradicionalista es extraordinario. La primera vez fue en Madrid, probablemente en 2001. S.A.R. Don Sixto Enrique de Borbón acababa de hacer público su importante manifiesto de 17 de julio, y Álvaro Pacheco lo había acogido con entusiasmo. Frente a alguna incomprensión de parte de sus amigos argentinos, derivada de afectos respetables pero enturbiadores de la situación de la Causa, toda vez que implicaban una conmixtión imposible de tradicionalismo religioso no sólo ortodoxo sino incluso, en algún punto, carente de matices, con un liberalismo práctico y aun una aceptación *de facto* de la dinastía usurpadora, Pacheco había captado la importancia doctrinal y operativa del texto y del gesto del Abanderado de la Tradición, de modo que insistir en un carlismo que lo orillase era un absurdo. Lo hablamos largamente durante la cena, en un asador vasco cercano a la plaza de España, a la que vino acompañado de su distinguida esposa. El acuerdo fue instantáneo y yo le confesé inmediatamente el entusiasmo que me producía la identificación sobre la mayor parte de los asuntos, casi con excepción de su excesiva benignidad en relación con los errores falangistas y franquistas, típica de los hermanos hispanoamericanos y de los hombres de una cierta genera-

ción. Pero en él era perfectamente accesoria y sin énfasis alguno. Casi una debilidad sentimental. En todo lo importante coincidimos: del problema dinástico al enfoque de la cuestión religiosa y al rechazo del nacionalismo. Entre los ilustres amigos hispanoamericanos, en efecto, pocos como él vieron los equívocos del nacionalismo en relación con el hispanismo, fuente de contradicciones insalvables al tratar de rescatar para la causa de la tradición y de la religión a los fautores de las independencias, por lo general masones y agentes ingleses. Elías de Tejada había espetado con todo su vigor polémico a un amigo ultramarino que sufriera esas mistificaciones: «Desengáñate, sois hijos de la Revolución». Más aún, celebré el que podía ser, su papel de componedor con algunos de los amigos argentinos. De hecho, creo sinceramente que así fue, y en tal sentido también su pérdida es singularmente dolorosa. A partir de ese momento se convirtió en uno de mis corresponsales más fieles e imprescindibles. Comentó en *Custodia* la carta de Don Sixto dirigida al Papa en Pascua de 2003 y redactó la necrológica de Rafael Gamba, jefe-delegado de la Comunión Tradicionalista, fallecido en enero de 2004. Conté con él para un proyecto de investigación relativo a las transformaciones de la constitución en el mundo hispánico, que por desgracia hasta el momento no he podido sacar adelante por falta de financiación, pero que no he desesperado de ejecutar, especialmente ahora que estamos en puertas de los bicentenarios del inicio de la revolución liberal y de la secesión en nuestra común nación. También conté con él para la Real Academia de la Hispanidad, que ando preparando sin acertar en la fórmula idónea, pero que con la ayuda de Dios espero cuaje.

En el mes de agosto de 2005, hallándome de viaje por el Río de la Plata, me desplazé a la Banda Oriental a fin de visitar al Presidente Bordaberry y a mi entrañable Álvaro Pacheco, a quien sabía enfermo de gravedad, pero que creía había superado la enfermedad. No era así. Sin embargo, a lo largo de toda una tarde, en el domicilio amplio, señorial y austero de don Juan María, acompañado de su hijo Santiago, y discretamente también a ratos por su esposa, tuve ocasión de profundizar mi amistad con Álvaro Pacheco y forjarla con el Presidente Bordaberry. Todos los grandes temas volvieron a salir y, de nuevo, la identificación más amplia se tornó a producir. Pacheco Seré llegó a decir que para ellos «el carlismo había sido un punto de llegada». Uno de los temas que inevitablemente salieron fue el de la visita que S.A.R. Don Sixto Enrique de Borbón les hizo meses antes, en marzo de 2005, y donde le recibieron los mismos, más el historiador Luis Alfredo Andregnette. La ocasión, verdaderamente memorable, estuvo marcada por una coincidencia que en verdad es una divergencia. Pues se producía en el mismo día en que el hijo del actual Jefe del Estado español, Felipe, acompañado de su mujer Letizia, asistía a la ceremonia de «transmisión del mando» a la izquierda masónica de la «República democrática». ¡Mientras el depositario de la legitimidad dinástica visitaba al ejemplo de presidente católico e hispánico, ahora también monárquico!

Álvaro Pacheco Seré fue también socio activo del Instituto de Estudios Genealógicos del Uruguay, por lo que estaba familiarizado con esta actividad, lo que aplicó a su propio abolengo. Durante años fue reuniendo minuciosamente información de sus antepasados, especialmente durante sus viajes a España, revisando escrupulosamente partidas de bautismo, de matrimonio y de defunción, amén de toda documentación histórica. Unos meses antes de su muerte —escribe el Presidente Bordaberry— dio a la imprenta un importante trabajo titulado *Los Pacheco*, pero sólo para difusión familiar. Arranca desde el Marqués de Villena hasta la emigración a Uruguay de la rama de la que descendía y la destacada actividad que tuvieron en Uruguay. Los Pacheco de los que descendía se habían afincado en Rota, lugar que amaba y desde el cual, por su extrema ubicación suroccidental, «España mira por sobre las verdes aguas del Atlántico sur la impronta que su Fe, su valor y su cultura dejaron en estas regiones».

CARLOS ETAYO ELIZONDO

El 26 de mayo de 2006, en San Adrián, Navarra, moría el capitán Carlos Etayo, arqueólogo naval, marino en la estela de los viajes colombinos, progan-dista generoso y esforzado de la tradición católica española que el carlismo custodia. La noticia me llegó inmediatamente, transmitida por ese bravo canónigo —para mí lo sigue siendo— navarro que es don José Ignacio Dallo, benemérito director del quincenal *Siempre p' adelante*, mediante una llamada a mi teléfono móvil, cuando me encontraba en el castillo de Lignières despachando con S.A.R. Don Sixto Enrique de Borbón, en compañía del sacerdote carlista y capellán regio don José Ramón García Llorente. Inmediatamente, el Señor, profundamente conmovido, dio orden de rezar un responso para encomendar el alma del viejo combatiente. La Providencia no permitió que el Príncipe pudiera saludar una última vez a su leal. Era el día de Santiago de 2005 y un grupo de dirigentes de la Comunión Tradicionalista, con el Abanderado de la Tradición, el jefe de su secretaría política y monseñor Ignacio Barreiro a la cabeza, se disponían a renovar en el Monasterio de Nuestra Señora la Real de la Oliva, en Navarra, el juramento de defensa de la unidad católica de España que los jefes de requetés, en presencia de toda la comunidad, hicieron en 1964, cuando la agenda conciliar dejaba ver la amenaza de la libertad religiosa. La presencia de Manuel de Santa Cruz, promotor de aquel voto, entre los presentes, le daba además un sentido de perseverancia y continuidad. Pero a última hora el abad no consistió en la celebración de la ceremonia, con el pretexto de la misa tridentina que monseñor Barreiro, munido del correspondiente *celebret* se disponía a ofrecer. Desconcierto inicial, indignación y, sin dudar, reacción. José Antonio Ullate nos condujo a la hermosa iglesia de